

# LA SEMANA ILUSTRADA



10 CENTIMOS

Nº 91

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.

(Léase en las planas 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de este número.)



# La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 23 de Enero de 1909.

Núm. 91.

## NOVELA CORTA DE LA SEMANA



Impaciente por anticiparme algo de la gran emoción presentida pregunté, algo tímido, al camarero:

—Ese ruido, es el mar?

—La mar es—me respondió—. El hotel dista sólo 40 metros del embarcadero. Ahora bate allí la resaca, y por eso se oye tanto. Si el señor no tiene costumbre, es fácil que se desvele esta noche.

Adriana sorbía ostras ávidamente. Las escurría hasta verter en sus labios pulposos de sensual todo el sabroso contenido de las valvas. Yo apenas probaba bocado repizcando, inapetente, un trozo de merluza que se deshojaba como hojaldre de nácar. Estaba nervioso en aquel comedor decorado con grandes espejos, entre los cuales campeaban sendos anuncios de Compañías de navegación. En todos se fingía un mar de color y simetrías inverosímiles.

Añoraba yo el mar imprecisamente, borrada la noción que adquirí de muy niño cuando mi padre fué juez de un puerto. En vano mil veces intenté acoplar á aquel cuadro, destefado por los años, la visión transmitida en sus lienzos por Sorolla. Los ojos de los niños son fantásticos ó la fantasía agranda y desproporciona lo visto en la niñez. El mar... Un plano verde paralelo á otro plano azul; ó mejor, un verde ondulado y reflector bajo un azul etéreo. Inútil esforzarme... No sabía cómo fuese el mar:

El tren que nos había llevado á la ciudad costera—á Adriana y á mí en sobresaltada fuga—, rindió su viaje ya entrada la noche. Yo avisoré en la ventanilla, ganoso de descubrir el mar; pero me evitaba la perspectiva, embotando el flechar de las miradas, una niebla negruzca y densa como el humo de la locomotora. Sólo colum-



bré, amortiguadas por el cendal, unas luces bajas—extraña constelación caída—que me dijeron ser las de un acorazado alemán anclado en la ría.

Adriana, siempre igual, siempre aturdida en su aturdimiento de amor, no esperaba nada fuera de mí. Yo le había hablado del mar; de una cosa infinita y misteriosa que casi envuelve el planeta como si éste rompiera el huevo de cristal en que germinó. Ella, nunca salida de las llanuras castellanas, tendría por premisa una comprensión estática de horizontes sin fin; pero la reverberante y traslúcida del espejo del sol y de la luna, no la debía barruntar. ¿Y qué? Adriana no se inquietaba como yo por la proximidad de una cosa nueva y grande. Tenía ella en la mirada parda y perzosa la dejadez claudicante de quien no siente ansia de ver ya nada más.

—Lo inmenso, lo infinito—me había dicho—, es mi amor. No comprendo por qué buscas más ni por qué piensas en más.

Y siguió sorbiendo ostras. Bebía de vez en vez de aquel vinillo blanco y engañoso y se iban irisando sus pupilas sin alegría. Desde que la rapé románticamente, no hacía tres semanas, no la ví más reír. El logro de su deseo de ser libre en la prisión dulce de mi amor, no produjo en ella el gorgear de feliz que yo me prometía. Antes bien, la embargó una emoción solemnisma, un éxtasis de vivir en mí que me envolvía y llegaba á agobiarme. ¡Pobre histórica!

Me pidió que nos retiráramos y yo la complací en seguida. Me proponía adormirla cuanto antes para madrugar mucho, á fin de ver el mar con la primera luz del alba. Nuestra habitación, de la que yo había exigido que tuviese balcones á la playa, era ni más ni menos que todas las habitaciones del hotel; pero yo, sin saber por qué, me

hallaba entre sus paredes, muy lejano de mi país. En último término, se podía confundir aquel cuarto con otro de cualquier fonda de Jaén ó de Albacete. No me he podido explicar en qué consistía mi percepción de la distancia. Sólo un periódico, quedado tal vez al último ocupante, atestigüaba la cercanía del mar. Lo cogí dispuesto—mientras Adriana prepararía los útiles de aseo abriendo nuestras maletas—á leer el movimiento del puerto para calcular cuántos cruceros y trasatlánticos estarían fondeados enfrente del balcón.

Mas Adriana, sin cuidarse de nada, se desnudó ligera y se acostó en uno de aquellos lechos mercenarios, blancos, anónimos, que siempre le causaban pena.

—Ven—me dijo.

Me aproximé. Estaba transfigurada; lívida, orlados los ojos por violadas zonas de dolorosa, con una rojez de hierro candente en los labios, pendiente la fisonomía.

—¡Oh, mi Adriana! ¿Qué tienes?

—Tengo... felicidad.

Tomó mi frente entre sus manos, ascuas en mis sienes, y taladrándome con un mirar vesánico, espantoso, me retuvo, apretando, apretándome el cráneo cual si quisiera exprimírmelo y aspirar mi pensamiento. La abracé asustado. Y me asusté más: su piel estaba ardiente, pirética, y al estrecharla sentí en mi pecho como el rescoldo de un hogar. Tenía fiebre.

—¿Sufres, vida mía? ¿Qué tienes?

—Tengo... felicidad.

Proteica, poseía la maravillosa facilidad de cambiar la expresión de su rostro, que llegaba á no parecer el mismo rostro, como el cielo llega á no parecer el mismo cielo. De su sonrisa placida é inefable á este pavor enfermizo, á esta radiosidad fendiente de sus pupilas agrandadas entre los pá-

paños muy abiertos, se advertía tan desconcertante y radical mudanza como de una noche de luna á una noche de tempestad.

Emergía su busto entre lienzos como de una anticipación del sudario. En estos momentos, ella, toda alma, no era ya la amada de mi juventud; más bien la plasticidad de uno de mis sueños de poeta. Se inmaterializaba. Ahora, destrenzado el pelo que gozaba de su libertad en pomposo vellón joyante, escorzándose grácil y tendiéndome sus brazos perfectísimos tan blancos é impecables que servirían para completar sin mengua de primor la estatua de Venus, tenía mi Adriana, mi despótica caprichuda, un esplendor deífico. Habló así:

—Debemos morir.

—¡Locueta!

—No; escucha, amado mío. Verás. Nosotros somos, estamos siendo todo lo felices que sin ser divinos nos es dado. Rayanos estamos á la divinidad—que no habrá en el cielo venturas mayores. Pues atiende: el viajero sube á la montaña; va trepando cantiles, reptando sendas, triscando escarpaduras... y cuanto más alto se halla, más quiere subir; más, siempre más...

¡Oh, si el explorador entonces pudiera volar!... En la cumbre, en el ingente picacho que desde el valle creyó hincado en las nubes... ¡Si pudiera volar!... Pero es humano y tiene que descender, volver abajo, ¿comprendes?

Me acarició blandamente y continuó:

—Nosotros estamos en la cumbre; la hemos escalado sin fatiga... Hemos llegado á ser todo lo felices que nos consiente nuestra humanidad. Sólo que nosotros, más afortunados que el alpinista, podemos volar... muriendo. Y yo te digo, dueño mío: ¿No es mejor morir, volar... que caer?

No pude reprimir un gesto de espanto. En un calofrío me sacudió la medula la muerte que ella evocaba.

—¡Ah, cobarde, cobarde!—sollozó atrapando aquel relámpago facial—. ¡No me quieres seguir á la eternidad! Eres más pequeño que yo.

Me repelió nerviosamente; saltó del lecho iluminada por una siniestra desesperación alucinante.

—¡Cobarde, cobarde, cobarde!

—¡Eh, vamos, chiquilla; te pondrás mala! Arrópate.

La deposité en la cama en que cayó pesadamente, extintas por un momento sus energías de neurótica. Lloraba.

—¡Qué desengaño! Creer en un Dios y resultar un hombrecillo miedoso. Yo te amaré infinitamente en el mundo sin distancias de la muerte, en el tiempo sin fin de lo que no es. Así, ¡Dios mío, no te puedo amar.

—El vinillo blanco—pensé—ha trastornado á mi sensitiva. Y ya sereno me dispuse á seguirla el humor hasta que se durmiera enervada por la crisis. Mañana, ante el mar, redimida de anhelos de infinito por la saciedad de infinito, vogando los dos en una barca, solos, entre las dos inmensidades del cielo y el océano, yo la haría pensar en vivir.

—Pues bien, sí; muramos—dije con toda la gravedad que pude.

Y fué punzante como hoja de acero su alegría de suicida, y fué torva como hoja de acero su mirada de loca.

—¡En seguida, en seguida!... Tu volver—insinuó—; dos tiros...

—Tendría que empezar por matarte, Adriana mía, y me faltarían fuerzas y valor. Además, después de verte caer borbotando sangre, ¿me restarían ánimos para volver el arma contra mí? Tu frente sería perforada y manaría por el boquete un chorro es-





pantoso; o bien te apuntaría al corazón y te desplomarías brutalmente atormentada, en convulsiones horribles... ¿Y si no morías? ¿Y si quedabas mal herida en cruentísimo padecer?...  
Me proponía intimidarla, pero ella, impávida, replicó:  
—Si quedo con vida, otro tiro; ¿no tiene cinco tu revólver?  
—Sí—dije atarantado—; pero de esa manera no podríamos morir... abrazándonos.  
—Entonces...

Era imprudente acudir á nuevos subterfugios. Mi histérica no tardaría en crispase acometida de uno de aquellos accesos en que vibraba, se contorcía y se pelamesaba á punto de desgarrarse, como si cien almas brujas riñeran en sus nervios batalla de guñíos, de espasmos y de fiebre. Lo piadoso era engañarla. La engañé.  
—Entonces... nos envenenaremos. Un veneno amigo que no alborote las entrañas ni nos haga reventar hediondamente. Un veneno aquietante como el amor. Yo lo conozco: la morfina. Ingeriremos una fuerte dosis de morfina, nos abrazaremos largamente y... ¡a morir durmiendo!  
—¡Qué hermoso, qué hermoso morir! ¡En seguida, en seguida!  
—Voy á buscarlo.

\*

Me quedé en el comedor del hotel y pedí que me sirvieran un té. En tomarlo invertí el tiempo necesario para que ella me creyese llegado á la farmacia en busca de la abracadabrante eutanasia. Fumé un rato con cierto poco egoísta de poder sentirme en mí mismo sin la absorbente atención de la neurasténica. Era bien extraño el extremo á que la llevaba su exaltación amorosa.

—¿Será el vinillo blanco?  
Pero discurría con una lógica terrible.

Pensaba yo; pensaba. Más felices ya, nunca. Al fin darían con nuestro paradero los padres burlados, y tras el escándalo consiguiente se resignarían á darme por esposa á la amada—que ellos supondrían raptada por mí con intención codiciosa... ¡Ilmbéciles!... Y se implantaría en nosotros el orden, legalizaríamos, es decir, vulgarizaríamos nuestro amor: de idilio febril, de sueño vivido, se trocaría en un matrimonio inscrito reglamentariamente en el Registro civil. Volvería yo, el pasional, el altísimo bohemio, á ser un empleadillo de doce mil reales, esto si no me habían dejado cesante... Y las arideces de la vida, la entrapella, la cuestión agobiante del pan de cada día, los quebrantos de la salud, aterrarían, asolarían nuestro bendito vivir romántico y total, y nos escoriarían, nos sangrarían las almas como hieren y pellizcan ferales al caminante descalzo los guijos del camino; y... ¿Pero era yo otro histérico? Me refi á solas. ¡Que raro contagio! No; yo defendería mi ecuanimidad y lograría restaurar la suya. Al cabo todo



eran consecuencias de su educación estúpida de ingenua, de una vida sin higiene, de un noviazgo accidentado, del brusco despertar de la mujer que yo provoqué sin cálculo ni tasa, hambriento de su hambre... y del vinillo blanco.

Seguía escuchándose desde aquel comedor alhajado de espejos y sendos anuncios de las compañías navieras, el restallar consecutivo y pertinaz de las olas contra el gránito de los muelles. Me asomé al ventanal por percatar algo del mar tonante y bravío que suponía yo encrespado por vorágines y galernas; y hubiera, egoísta, deseado una hecatombe oceánica que me proporcionase la visión emotiva, trágica, de barcos engullidos por las olas, de quillas astilladas en invisibles escollos enmascarados de espumas, de naves prisioneras en sirtes traidoras como la realidad, sirte de mi sueño de amor.

No se veía nada; la niebla seguía borrándolo todo en la opaca noche de novilunio. Me conformé con mirar en los anuncios de las compañías navieras cómo serían los barcos que á la mañana podría contemplar.

Entraron en el comedor unos marinos alemanes, sin duda de la dotación de aquel acorazado supuesto entre brumas, con sus trajes azules, que yo sólo viera hasta entonces en niños; en el frontal de sus boinas se leía: *Wettin*. Y su presencia me entretuvo porque eran otro anticipo del mar.

Ya sería tiempo de que no sospechara Adriana mi burda superchería. Porfideré contra el mármol un terrón de azúcar y distribuí el polvo en dos papelillos manipulados con toda la minuciosidad y perfección de un mancebo de botica. La morfina amarga. Si ella lo recordaba por casualidad, le diría que era arsénico... Ea, ya estaba filtrado el terrible bebedizo... que la haría reír al día siguiente.

\*

Cuando volví á nuestra habitación encontré á mi Adriana entregada afanosamente á un singular quehacer. Las maletas abiertas, en desorden todo y desperdigadas á

granel las ropas y objetos que contenía nuestro parco equipaje compuesto no más de aquellas prendas de bazar adquiridas á toda prisa en cualquier ciudad de las recorridas en los intranquilos días de nuestro idilio ilegal. Advertí que se había puesto el único traje de dormir que dimos tregua á marcar con su cifra. Se estaba engalanando lo que podía. Había vertido sobre sí un tarro del perfume predilecto. Blanca como un nardo, oliendo á nardo, delicada, nítida, crujiente y tímida como un capullo de nardo.

—Me preparo para nuestro desposorio definitivo.

—Te has empeñado en resfriarte. Así por la habitación... Tomarás una pulmonía.

—¡Bah!... ¡Ya!... Le tiré la borla de la polvera; le destrencé el cabello, que había vuelto á peinarse, y hasta le sopé humo de mi cigarro, poniéndome á jugar con ella. La verdad, me olvidé ante la hermosa de su manía de morir... Ella me la recordó.

—Y dime, ¿cómo se muere con ese veneno?

Contesté zafiamente:  
—Pues... durmiendo. Te duermes, y ya está. Un marasmo, una modorra... Como no he muerto aún, no tengo más noticias.

Comprendí que estaba inconveniente y rectifiqué el tono y la actitud.

—Muerte de declinación, acabanza tranquila, lenta, indolente...

—¿Vamos ya?—propuso.

—¿Tan pronto?

—Sí; pronto, pronto. Ahora que nos queremos, que nos deseamos. Esa muerte vendrá á tiempo, muy á tiempo, ¿verdad?

Se dormiría por autosugestión. Me felicité de mi idea. A estas histéricas, un terrón de azúcar les produce los efectos de un hipnótico. Al fin la broma le haría descansar.

Deslé en cada copa de las de nuestras libaciones íntimas el contenido de uno de los papelillos y le entregué su parte de agua azucarada. La apuró heroicamente... ¡Qué excelsa! ¡Qué terrible! Mientras yo, ¡histrión! no tuve ni la habilidad de actor, de imitar dignamente su gesto trágico. Debido á la admiración que

me produjo, no resaltó la desproporción de nuestras almas...

Y luego vino á mis brazos tremulenta, asunta; y fué su amorosidad tan celestial, que ya no hallaré, en



RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

el transcurso de mi vida, mejor coyuntura para morir.

Poco á poco fué languideciendo, se le enturbiaron los ojos, perezosos más que nunca sus párpados. La histeria simulaba, con verismo admirable, todos los efectos de la droga que no había bebido. Se abotagó, tendida en el lecho, aplanada por un sopor profundo como los provocados artificialmente. Bellísima, pálida, como muerta...

¡Pobre locuela mía! Mañana me agradecerás esta burla.

\*

Primero un estampido, luego otro, otros varios después, secos, retumbantes, en sacudida y extorsión de ondas, trepidando todo, bruscos, horribles... Y por fin, un zumbir, un chillido penetrante como la trompa de caza de un coloso.

Me arrojé del lecho asustado. ¡Ah, sí! El mar, los barcos, las salvas, la sirena... ¡El mar!

Corrí á abrir el balcón. Se había evaporado la niebla; lucía un sol magnífico en un cielo purísimo y diáfano. Se me ofrecía limpia, ilimitable, la grandiosa visión. El Océano se tendía ante mí azul, con su azul perennal de maravilla... Salía del puerto un acorazado; un gigantesco castillo flotante de color de plomo. Un poderoso titán que respiraba fuego, devorador de hulla, de entraña flameante. Las dos chimeneas desmelenaban espesa humareda que crecía expansionándose hasta difuminarse, hasta disiparse en el ambiente.

La hélice rizaba á popa un hervor de nieves... El barco rayaba la planicie encalmada caudato de una estela blanca y fugaz. Yo lo ví salir derrotando hacia el estrecho con derecha inflexible. Disminuía su figura, así como la superficie que surcaba parecía más convexa. Ya no se distinguía la ciudadela, ni las torres, ni los palos; ya era el humo sólo; ya era un punto... ya nada... El azul desierto, espejeante, el cielo repetido... ¡el mar!...

—¡Oh, Adriana! ¿Cómo puedes dormir? ¿No oíste?

Inmóvil, yacente, como quedó al dormirse; más pálida... Me acerqué. ¡Adriana! ¡Adriana!...

Fría, rígida... ¡Muerta!...



## LA SEMANA EN BARCELONA



LOS NADADORES DISPONIÉNDOSE Á LANZARSE AL AGUA PARA DISPUTARSE LA COPA DE S. M. EL REY EN EL CONCURSO CELEBRADO EN SU LOCAL DE LA ESCOLLERA POR LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE SALVAMENTO DE NAUFRAGOS

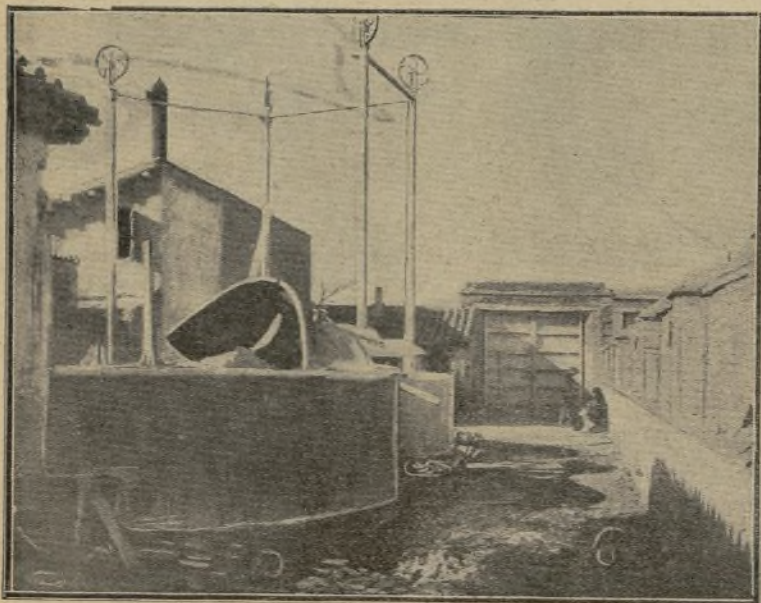


REPARTICIÓN DE ROPAS Á LOS NIÑOS POBRES, VERIFICADA EN LA CASA DE LA LACTANCIA, CUYOS DONATIVOS SE HAN COSTEADO CON LOS FONDOS QUE PROPORCIONÓ EL AYUNTAMIENTO DE TOLOSA

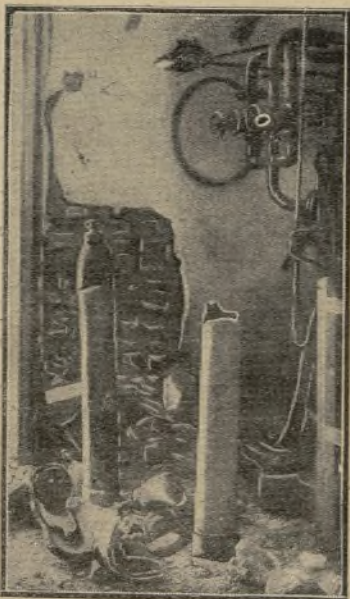


ASPECTO QUE PRESENTABAN LOS ALREDEDORES DE LA IGLESIA DE LOS PADRES ESCOLAPIOS EL CLÁSICO DÍA DE SAN ANTON, DONDE ACUDEN LOS FIELES CON SUS CABALLERÍAS ENGALANADAS PARA OBTENER LA BENDICIÓN Y EL TRADICIONAL «PANELLET» (Fots. Moragas.)

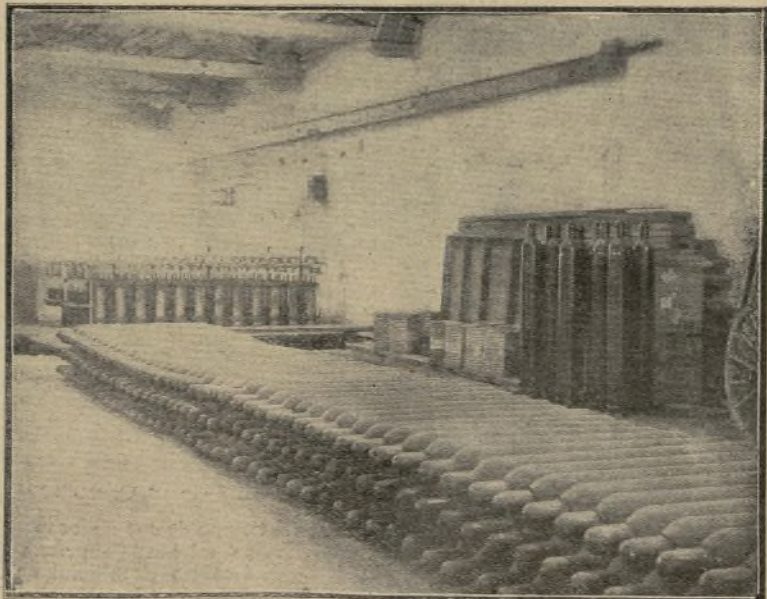
## TREMENDA EXPLOSIÓN EN ZARAGOZA



EL CASÓMETRO SINIESTRADO, CUYAS COLUMNAS Y RECIPIENTE DESHIZO LA EXPLOSIÓN VOLANDO Á GRAN DISTANCIA PIEZAS DE HIERRO DE MÁS DE CIENTO KILOS, QUE PERFORARON TECHOS Y TABIQUES



DEPARTAMENTO DE LA FÁBRICA EN DONDE SE INICIÓ LA TERRIBLE EXPLOSIÓN (Fots. Freudenthal.)



BOTELLAS DE ACERO DE TRES CENTÍMETROS DE ESPESOR Y 300 ATMÓSFERAS, LLENAS DE HIDRÓGENO, ESPERABAN SER TRASLADADAS AL PARQUE AREOSTÁTICO DE GUADALAJARA Y QUE MILAGROSAMENTE NO ESTALLARON

El día 17 quedó destrozada la fábrica de hidrógeno y oxígeno que había en el Arrabal, 239. El obrero Francisco Villalta estaba encargado del manómetro para graduar las atmósferas. Otro trabajador, Sebastián Ginés, tenía la misión de llevar las botellas de hidrógeno. Ambas tareas eran peligrosísimas. Serían las dos de la tarde, cuando Villalta abandonó su trabajo para ir a charlar con su compañero. Imprudentemente pusieron a fumar. Esto originó la desgracia. Una chispa produjo la explosión. El aire inflamado pasó por las galerías donde están depositados

los frascos de hidrógeno. Milagrosamente no estallaron éstos, que hubieran producido la voladura de todo el barrio. Actualmente preparaba la fábrica un importante pedido para el parque militar areostático de Guadalajara.

Ambos obreros, causantes de la desgracia, pagaron con la vida su temeraria imprudencia. También resultaron heridas otras varias personas. La explosión fue tal que desaparecieron las puertas de la fábrica. La carpintería quedó destrozada y maderos y cristales de ella fueron a parar á los edificios próximos.



# Las aventuras extraordinarias de un mago.

(Véanse los dos números anteriores.)

## «Menagerie» improvisada.

En un ángulo del campo se había levantado una tienda de campaña. Los fakires nos preguntaron qué animales queríamos ver salir de ella. Uno de mis amigos dijo que un búfalo. A los pocos instantes salió el útil animal poniéndose a dar

era que no pertenecía a los herméticos. Tres días después al volver de dar un paseo a caballo, recibí una carta de Jacob en que me invitaba a almorzar en su casa aquel mismo día con otros de sus amigos. Monté el caballo del capitán, y me puse en marcha. Cuando llegué, ya estaban allí los otros convida-

ravilloso fruto nacido de un sarmiento seco. El bastón volvió a su primitivo estado.

Conté al joyero las diferentes experiencias que había visto hacer a los fakires, entre ellas, la del cuerpo traspasado por un *tul war*. Eso no es nada, dijo, aguarden ustedes; y descolgando de una panoplia un yatagán me lo apoyo sobre el pecho.

Preguntóme si consentía en ser atravesado; respondí que sí, y la hoja de su acero comenzó a penetrar en mi cuerpo; la sentía perfectamente pasar por mis carnes, pero sin ningún dolor. La punta salió por la espalda y se clavó en la pared, que lo recuerdo bien, estaba cubierta con madera de cedro. Jacob soltó el yatagán e hizo observar riendo que parecía una mariposa sujeta con un alfiler. Después de uno ó dos minutos me libré de aquella posición; me quedé mirando las aberturas que el sable había hecho en mi traje y me dijo Jacob: eso va a remediarse al momento, y así lo hizo.

## La carga de la brigada de ligeros.

Por indicación de Jacob, y después de haberse resistido mucho, el general contó la carga de Balakia, á la cual había asistido. Nuestro huésped escuchaba con atención, pero de pronto sacó una varita del bolsillo y empezó a moverla señalando á una de las paredes de la habitación. En un instante se cubrió de una densa niebla violácea aquel lado, se disipó, y al disiparse apareció el campo de batalla de Balakia en el momento que cargaba la brigada de ligeros. Vimos á Nolan montar á caballo y desarrollarse ante nosotros todos los accidentes de la lucha. La figura que distinguíamos más claramente era la de nuestro amigo el general. Fué herido á nuestra vista y á nuestra vista cayó del caballo. Vimosle luego coger otro que pasaba sin jinete, montar con dificultad y ganar al galope el campo inglés salvándose por fin.

Otro movimiento de la varita y todo desapareció.

A este propósito nos dijo Jacob que la reproducción de un acontecimiento sucedido en tiempo pasado era perfectamente posible. Todo lo que ha tenido plaza, lugar en la historia del mundo, existe todavía en la luz astral. Es como la palabra depositada en un fonógrafo, que puede volver á oírse después de muerto el que la pronunció.

Contesté yo que esto estaba de acuerdo con las doctrinas de los herméticos, y que la misma Biblia, Nuevo Testamento, decía que algún día serían puestas de manifiesto todas las acciones buenas y malas. No hay ninguna dificultad, respondió Jacob.

Cuando íbamos á partir, nuestro huésped quiso hablar conmigo algunas palabras particularmente. Le seguí, estuvimos hablando un rato de asuntos de ocultismo y acabó por decirme:

—Voy á hacer para usted una experiencia especial que indudablemente le dará que pensar. Por mi parte no le pedí otra explicación.

—Cierre usted los ojos—me dijo—y piense usted que está acostado en su cama del pueblo donde vive ahora.—Obedecí.—Abalos usted, añadió.

Los abrí y me encontré en mi propia habitación, á tres cuartos de milla de distancia. ¡Tres cuartos de milla en dos segundos!

—Ciérrelos usted otra vez—me respondió Jacob—y volvamos á reunirnos á nuestros amigos. Pero yo no quise, temía ser objeto de una ilusión hipnótica. No trató de persuadirme; sonriéndose se despidió de mí y desapareció.

Fuíme en seguida al comedor donde estaban mis compañeros y les conté lo que me acababa de pasar.

—¿Y mi caballo?—preguntó el capitán.

—Voy á enviarlo á buscar—, le respondí—me había olvidado de él.

Se llamó á un criado, pero el

en él todos los fenómenos propios de una crisis de epilepsia. Se revolcaba en la tierra haciendo contorsiones horribles, mientras que su compañero, impasible, señalaba con el dedo hacia el Oeste del cenit un punto casi imperceptible, pero al cual se dirigían todas las miradas.

Poco á poco aquel punto se



vueltas alrededor de unos zarzales. Eligió el siguiente un tigre, que salió bramando, llegó hasta nosotros, y luego fué á colocarse al lado del búfalo. Cuando me tocó la vez, pedí un canguro, porque quise que el animal fuera uno desconocido para los fakires, algo que no hubieran visto en su vida, y así me convencía de su poder ó de su falsedad. Los fakires no comprendían de qué clase de bicho se trataba. Por fin, después de haberles asegurado que yo lo conocería si se presentaba, hicieron un ademán de asentimiento, y el canguro salió á la plaza de un salto, y emprendiendo veloz carrera se internó en la espesura de los próximos matorrales. Por lo visto no era de su gusto la compañía del tigre real, que parecía tener mucha hambre.

Después de otras experiencias de menos interés hizo la final, que por cierto nos maravilló á todos. El más delgado de los fakires cogió una cuerda, que vendría á medir treinta pies y echó uno de los cabos al aire, y quedó colgada como si la hubiera prendido á un clavav. El fakir nos invitó á ensayar su resistencia, que nada dejaba que desear, y después de hacer la prueba trepó por ella. Cuando la acabó de subir, la abandonó y quedó tranquilamente asido en el vacío. Un compañero le dijo entonces: «Vete en seguida; y mientras que nosotros le miráramos, él desapareció. No le hemos vuelto á ver.

## Jacob, de Simla.

Había oído hablar en Simla de un hombre á quien la voz pública le atribuía todos los milagros de Moisés y algunos más. Era un indigena, joyero y comerciante de diamantes, dotado de una inmensa fortuna y de una gran cultura intelectual. Conocía yo, precisamente, en Simla, en la montaña, un capitán de lanceros que había sido enviado allí para restablecerse de una fiebre. Fuí á su casa que compartía con un cirujano escocés, y pregunté á los dos si conocían á Jacob.—Ciertamente, me respondieron: ¿quién no le conoce en Simla?

Al día siguiente me presenté en casa de Jacob, en ocasión que él estaba ausente por espacio de tres días, y le dejé mi tarjeta marcada con cierto jeroglífico. Ignoraba á qué escuela pertenecía; lo único que sabía

dos; era uno de ellos un general muy conocido en Inglaterra y en la India. Gracias al jeroglífico de mi tarjeta, fui recibido con grandes consideraciones y nos pusimos á la mesa.

Después de comer, el general pidió á Jacob que nos enseñara alguna de sus habilidades. Por respuesta éste, mandó á un criado que trajera los bastones de los comensales y escogió el del general, que era un sarmiento con puño de plata. Colocó encima de la mesa una especie de pecera con agua, y sumergió en ella uno de los extremos del bastón. Al poco tiempo comenzaron á salir raíces de la parte inferior del bastón, hasta que llenaron el vaso, mientras que de la de arriba iban brotando retoños que se cubrieron de hojas de agraes y de racimos que maduraron á nuestra vista. Apenas eran diez minutos transcurridos desde que había comenzado la operación, cuando los criados hacían la vendimia y nos servían el ma-



criado aseguró que estaba en la cuadra el caballo bueno y sano.

Había llegado como yo por un camino sobrenatural.

## En Africa.

Me encontraba yo en aquella ocasión en el país que llaman el Hinterland del Cameroun. No había llovido en mucho tiempo. El campo estaba todo seco, agostado, las cosechas se perdieron; animales morían á centenares. Para salvar la situación se envió por los más célebres de los hombres que tienen fama de hacer la lluvia, pero ellos no quisieron ir.

Un día, el más ardiente que he visto en Africa, me despertó de dormir la siesta el bélico son del tambor. Los guerreros, á su llamada, acudían de todas partes, preguntándose lo que pasaba; pero la alarma cesó y trocose en contento cuando vieron presentarse al rey acompañado de dos de aquellos hombres que tanto se deseaban y que acababan de llegar.

El espectáculo era verdaderamente extraordinario. Imagínos un círculo formado por más de 3.000 guerreros salvajes, ataviados con sus mejores armas y adornos, las lanzas brillando al sol y las plumas de vivos colores con mil iris arrancados por aquel astro que abrasaba la tierra y encendía la sangre. El rey estaba sentado en medio, los verdugos detrás de él; á sus lados dos hombres fríos y tranquilos.

Eran los que iban á hacer la lluvia, uno un viejo con las piernas arqueadas, el otro un joven de treinta años, de seis pies de estatura y torso de atleta griego. Comenzaron sus encantos andando en círculo, entonando al mismo tiempo un canto bárbaro. De cuando en cuando echaban á lo alto unos polvos blancos que llevaban en bolsillos suspendidos en los hombros.

Esta operación duró lo menos veinte minutos, y ya comenzaba á ser insoportable cuando de súbito cayó al suelo convulsionado el más anciano. Estaba yo situado á menos de dos metros de distancia de él y gracias á esto pude observar

convirtió en una nube negra como la tinta que se destacaba enérgicamente en el azul del cielo. No había pasado un minuto cuando el sol desapareció tras de ella; un relámpago nos deslumbró á todos y siguió un trueno formidable que retumbó estrepitosamente. La lluvia comenzó á caer entonces á torrentes. Los operadores habían



ganado bien su jornal. La lluvia amainó más tarde, convirtiéndose en un riego suave bienhechor, durante dos días, que volvió á la tierra seca la vida y la abundancia.

TAUDRIADETA.

(Concluirá.)





San Antonio Abad visitando á San Pablo, primer ermitaño.—(Cuadro de D. Diego Velázquez de Silva.)



# COSAS DEL OTRO JUEVES



El tifus sistemático, como con maravilloso instinto llama el pueblo soberano al *tifus esante-mático*, ha hecho su reaparición en la villa y corte, que á fuerza de verle y de padecerle todos los años, como el impuesto de las cédulas, no se ha alarmado gran cosa con la noticia.

Las autoridades le han recibido como á un príncipe extranjero, pues apenas tuvieron conocimiento (esto de tener conocimiento apenas es muy propio de las autoridades) ape-

Poco ha faltado para que en su honor se celebrasen fiestas oficiales en las que tomasen parte médicos, boticarios, curas y enterradores, terminando con un gran desfile ó *carrousel* de todas las carrozas funerarias, incluso la de milicianos.

No hubiera estado mal el numerito y hasta se podía invitar al mortífero huésped á que pusiera la primera piedra de la nueva necrópolis, ya que la de la Gran Vía ha vuelto á fracasar, y arreando después una velada

por sus *boulevards* sin que nadie ponga atención en ellos y tienen sus trapicheos y dejan sus deudas como simples vasallos. Madrid tiene la especialidad de recibir epidemias, y hoy es S. M. el Tifus y mañana S. A. la Viruela y pasado la reina Bubónica y al otro el príncipe Morbo Asiático, y microbios y bacterias de sus respectivos sé- quitos pululan por las calles, sin que á nadie se le dé un ardite de que aquí haya una infección y allá una defunción; y

tres debiendo ser cuatro, anda siempre tan desequilibrada y renqueja.

¡Epidemias á Madrid! ¡Microbios á los madrileños! Cotufas y confites son para un pueblo que, desde que el buen rey Felipe tuvo la malhadada idea de hacerle corte, ha sufrido las plagas de políticos, pretendientes, intrigantes, ganapanes, vagabundos, tahures, fútiles y ladrones, que son más y más devastadoras que las de Egipto. Son ya cinco siglos de curti-

allento de sus pestilencias, y el Guadarrama, durante el invierno, nos sopla al oído el cierzo de sus pulmonías.

Y tan ternes.

¿Qué nos importa á nosotros la aparición del tifus? Lo que á los parisienses la llega á ser uno de los inagotables misterios del Almanaque Gotha.

La noticia de los periódicos, tal cual comentario, los formulamos oficiales y por ahí queda solazándose, de incógnito á su antojo, hasta que las autorida-



nas tuvieron conocimiento, repito, de que se encontraba en el Asilo Tovar, extramuros de la población, salieron á buscarle y se lo trajeron en palmitas al Hospital Provincial, digno palacio de su patológica estirpe, situado en el riñón de Madrid y desde donde podrá más fácilmente ponerse en contacto con los vecinos y recibir el homenaje de sus vidas.

necrológica en el Ateneo á cargo de los poetas tristes de la casa y una función de gala en cualquiera de esos *cines* que tienen un repertorio terrorífico de asesinatos, robos y envenenamientos, muy adecuado á las circunstancias.

Así como París es la ciudad cosmopolita habituada á recibir magnates, y los príncipes y los grandes duques se pasean

con la misma tranquilidad que en París se dice que la vecina de enfrente está con un gran duque, aquí se dice que la vecina de al lado está con el cólera.

Nos sonreímos de la Patología, nos «choteamos» de la Terapéutica y nos «cachondeamos» de la Higiene, tres piedras angulares sobre las que se asienta la Salud pública y que, sin duda por no ser más que

miento. Aquí no se teme á nada ni á nadie.

Como si no fuera bastante nos adulteran los alimentos los comerciantes venales, nos merman el aire y la luz los caseros ambiciosos, nos suben el pan á cada instante y ahora van á acabar por suprimirnos el agua.

Y, como propina, el Manzanares, durante el verano, nos mete por las nari es el fétido

des y los periódicos nos dicen que ya ha desaparecido.

Mañana tendremos otro huésped mortífero—nos decimos—y no pensamos más en ello.

—Chica, ¿sabes que ha venido el tifus?

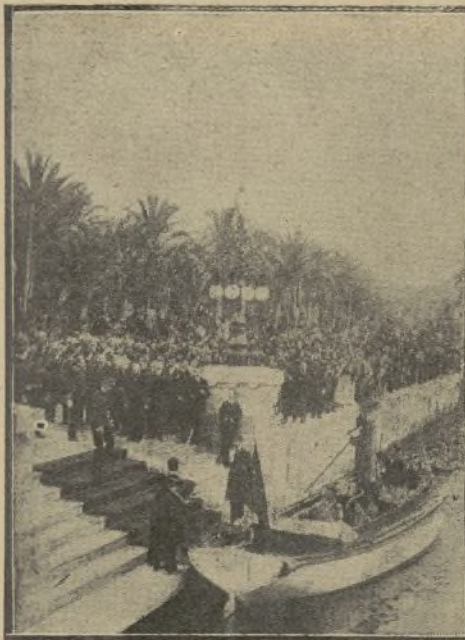
—¿Y qué? Viene más gordo que el año pasado?

EL SASTRE DEL CAMPILLO.  
(Dibujos de TOVAR.)





# EL REY EN ALICANTE



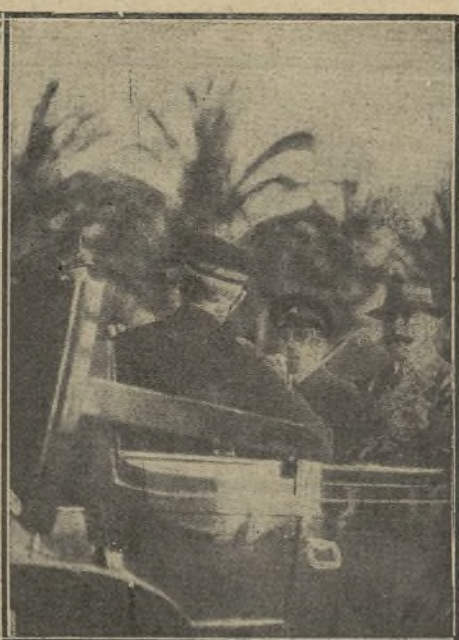
S. M. EMBARCANDO EN UNA LANCHAS DE VAPOR PARA IR AL «CATALUÑA»



D. ALFONSO EN LA CORRIDA REGIA, EN DONDE FUÉ ACLAMADO



S. M. EL REY, EN EL TIRO NACIONAL, PRESENCIANDO EL CAMPEONATO



D. ALFONSO Y EL INFANTE D. CARLOS, PASEANDO POR LA POBLACIÓN



EL REAL CLUB DE REGATAS, ORGANIZADOR DE LAS FIESTAS NÁUTICAS



LA FUNDACIÓN DE AZNAR, VISITADA POR EL REY (Fots. Aimé.)



LA FIESTA NÁUTICA EN QUE TOMÓ PARTE EL REY PATRONEANDO EL «OSBORNE»

12

BIBLIOTECA DE LA SEMANA ILUSTRADA

practicarse lo mismo en el campo que en el interior de las ciudades. 4.º Ejercita la gimnasia de la cabeza como la de las extremidades y el tronco. 5.º Constituye un remedio excelente contra la pereza. 6.º Los combatientes de peso distinto equilibran sus fuerzas. 7.º Puede ser utilísimo a las señoras para defenderse en la calle de insolencias brutales. 8.º Para la policía, que en muchas ocasiones necesita penetrar en tenebrosos lugares, tiene el *jiu-jitsu* una decisiva ventaja, la de ser en la obscuridad de tanto efecto ó mayor que en plena luz.



Ejercicio de resistencia del tronco.

Tan convenientes argumentaciones deben llevarnos á hacer una conclusión: la de afirmar en concreto que el *jiu-jitsu* puede ser considerado como el más útil de todos los deportes.

Todos los ejercicios atléticos requieren alguna preparación fomentando el desarrollo de tal ó cual parte del cuerpo, relacionada con la clase de deporte que se desea practicar. El *jiu-jitsu* no iba á exceptuarse de esta regla general, necesitando en sus discípulos elementales cuidados de nutrición é higiene.

El *jiu-jitsu* encierra en sí mismo un método completo de educación física razonada y fácil.

La preparación puede dividirse en cuatro partes: 1.º Nutrición. 2.º Respiración. 3.º Higiene. 4.º Ejercicio de los miembros.

Vamos á pasar revista á todos estos elementos formulando reglas precisas sobre cada uno de ellos, sin que perdamos de vista que todos pueden llevarse á la práctica en las condiciones de la vida ordinaria, no siendo, pues, precisas ni modificación de costumbres ni abandono del trabajo habitual.

Los japoneses son muy sobrios, y la sobriedad, bien comprendida, es el principal

LOS SECRETOS DEL «JIU-JITSU»

9

necesidad de la vida humana. Sin esta preparación, ningún buen japonés empieza sus ejercicios de *jiu-jitsu*, que constituye, repetimos, una gimnasia ideal, porque no sólo permiten que entren en juego todas las partes del cuerpo, unas después de otras, sino que no precisa tampoco ningún aparato particular. La sola cosa necesaria en el *jiu-jitsu*, es como sucede en el juego de cartas: tener un compañero.

El *jiu-jitsu* no tiene nada del boxeo; se asemeja más á la lucha. Carece de la brutalidad del primero que para poner á un adversario fuera de combate, no retrocede ante la efusión de sangre. El arte estriba en reducir al enemigo sin herirle y dejándolo imposibilitado para continuar la lucha.

Todas las actitudes de luchadores que pueden verse en los grabados japoneses son fieles reproducciones de las diferentes fases del combate de *jiu-jitsu*.

Esta lucha consiste en cambiar una serie de esfuerzos, de mano á mano, de busto á busto, de pierna á pierna.

Los adversarios pueden combatir acostados boca arriba. La victoria es para el que, forzando la táctica, la hace más sabia y prolongada paralizándolo á su enemigo en el manejo de sus miembros.

El *jiu-jitsu* puede ser peligroso cuando el vencido no pide gracia, y el vencedor sigue apretando.

Uno de los golpes decisivos en el *jiu-jitsu* es el que se ocasiona en la mano, sirviéndose del brazo, tan fuerte en los iniciados como un lingote de hierro.

Es, gracias á los ejercicios del *jiu-jitsu*, á su enseñanza razonable y metódica, porque los soldados del ejército japonés, los más pequeños del mundo, vienen á ser, quizá, los mejores combatientes.

Capaces de una resistencia física superior á la de los soldados de otras naciones, el uso constante de los baños fríos permíteles soportar fácilmente todas las temperaturas, así como la elasticidad de sus músculos facilitanles un poder maravilloso frente á las privaciones, las marchas forzadas y todos los sufrimientos



El antiguo luchador japonés.



## El salón del Trono del Quirinal convertido en taller de costura.



LA REINA ELENA, LAS PRINCESITAS JOLANDA Y MAFALDA Y LAS DAMAS DE LA CORTE, PREPARANDO VESTIDOS Y ROPA BLANCA PARA LOS DAMNIFICADOS  
DE LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y CALABRIA (De La Ilustración Italiana.)

físicos que la guerra trae consigo. De aquí por qué deseamos vivamente que el *jiu-jitsu* sea conocido y practicado en España como se hace en Francia, América e Inglaterra.

Pertenecemos nosotros á una raza más fuerte que la raza amarilla; nuestros soldados son, generalmente, más ágiles y más sobrios que otros de las mismas naciones europeas.



Flexión hacia atrás asiendo la garganta.

No hay duda, pues, que con la práctica del *jiu-jitsu* llegaría el de España á ser el mejor Ejército del mundo, Ejército capaz de renovar en los modernos tiempos las páginas brillantísimas de esa historia gloriosa, asombro del mundo en pasadas centurias.

Cuando sólo con dedicar un par de horas diarias á la práctica del *jiu-jitsu*, se puede llegar á ser un *champion* formidable, es algo raro que todos no echemos mano del medio sencillísimo de defensa personal que se encuentra al alcance de todos.

No siempre la fuerza física ni los músculos necesarios acompañan el espíritu del luchador.

Por el *jiu-jitsu* podemos estar en condiciones de repeler las más bárbaras agresiones.

He aquí un paraje de un manual de *jiu-jitsu*: «El boxeo es un deporte de defensa que no siempre resulta victorioso». En efecto, al vernos atacados por un malhechor, no es fácil que éste respete las reglas de legalidad, exigiéndole que sólo emplee los brazos ni que se abstenga de tal ó cual golpe que se juzga traicionero.

El asaltante atacará de la manera más propicia para inutilizar al adversario. Contra esto, el *jiu-jitsu* tiene grandes resortes para romper el brazo ó la pierna del malhechor.

Inmediatamente de verse atacado, el conocedor de la escuela japonesa de que

venimos hablando, debe arrojar al suelo para evitar así la primera acometida de los puños, empleando al punto los secretos del *jiu-jitsu*.

Repetidas experiencias entre *boxeadores* ingleses y débiles sujetos instruidos en el arte de defensa usado en el Japón, demostraron siempre la superioridad del último sistema, no habiendo habido un sólo *boxeador* que resistiera un minuto las decisivas *martingalas* de que puede disponerse en la lucha que Rakuzo hizo célebre entre nosotros.

En el *jiu-jitsu* no precisa, como en las luchas llamadas romanas, que haya un árbitro que diga si las espaldas tocan ó no tocan en el suelo. El combate japonés se lleva á efecto sin reglas y, sobre todo, sin juez. Es el adversario vencido quien hace cesar la lucha, confesándose derrotado, que ante el dolor no hay orgullo que hable.

De algo debe servirnos que un pueblo como el japonés—de cuyos méritos de todas clases nadie puede dudar en Occidente después de la lección dada á los rusos—ordene á su Ejército y Marina la enseñanza del *jiu-jitsu*, instituyendo su enseñanza en todas las escuelas de la nación, y aconsejando á todos el que se adiestren en los secretos de una ciencia que con razón juzgan precisa. No hay más que leer los ocho argumentos que en favor del *jiu-jitsu* preconiza la escuela japonesa para convencerse de su importancia y conveniencia absoluta.

1.º Puede ser considerado como un excelente ejercicio físico y como un medio de defensa para los que no dispongan de recia musculatura. 2.º Se le debe estimar como un deporte que da á sus iniciados valor y confianza en sí mismos. 3.º Puede



Uno de los primeros ejercicios para el general desarrollo.



# LA GRACIA DEL MUNDO

RESUMEN DE CUANTAS NOTAS VERDADERAMENTE CÓMICAS SE PUBLICAN EN LOS PRINCIPALES PERIÓDICOS FESTIVOS DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO

¿ES CIERTO QUE EL BUEN HUMOR ESTÁ EN CRISIS?

Puede el lector contestar a la anterior pregunta, viendo con asiduidad esta sección de LA SEMANA ILUSTRADA

## PRECAUCIONES



—Profesor, vengo á que me haga usted el favor de ver si midiendo mis fuerzas con este atleta podré estar en condiciones de luchar con mi suegra, que viene á vivir en mi casa.

(Le Pèle-Mêle.)

## Una compostura.



—Quisiera que pusiera usted unas palas á estas botas.  
—Pero las cañas están muy viejas.  
—Pues póngaselas también.

(Rions.)

## BUENAS NOTICIAS



—Señor: Me envía la señora para deciros que en casa hay fuego. Además, el niño se ha roto la cabeza y el ayuda de cámara se ha fugado con mil pesetas.

(Rions.)

## En el restaurant.



—¿Cómo es eso? ¿Limpias el plato con tu pañuelo?  
—No pase usted cuidado, señor; el plato no se ha usado.

(Rions.)



Frecuentad con preferencia los lugares en donde se puedan encontrar personas que os calienten las orejas.



También y si queréis hervir... de impaciencia, no se tiene que hacer otra cosa que pedir comunicación con la Central.

(Le Pèle-Mêle.)

## LA DICHA ES RELATIVA



—El día más feliz de mi vida fué aquel en que hice la primera comunión.

—Pues yo recuerdo con gozo la fecha en que fui condenado á una perpetua.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es que creí que me apretarían el pescuezo.

(Le Pèle-Mêle.)

## EL DIPUTADO ECLÉCTICO



Aplauda á Pérez que habla bien de Sánchez.



Aplauda á González que habla mal de Pérez.



Aplauda á Gómez que ataca á González.



Aplauda á Gutiérrez que habla mal de Gómez.

(L'illustrazione Italiana.)



Y aplauda, por último, á Sánchez, defendido por Pérez y González y atacado por Gómez y Gutiérrez.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo:

### EL PRIMER OLVIDO

preciosa narración de Gustavo Vivero.

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO.—En la doble plana central, á todo color, del número próximo:

### LA VIRGEN DEL ROSARIO

maravilloso cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.





Originals propiedad del NEW YORK HERALD.

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31. Madrid